

FERNANDO LÁZARO CARRETER (1923-2004)

MIGUEL ÁNGEL GARRIDO GALLARDO
Director de *Revista de Literatura*

Cuando en 1988 se establecieron las nuevas normas para la configuración de los comités de las revistas editadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, los que estábamos en la Redacción de *Revista de Literatura* tuvimos que proponer nombres para formar la nómina de prestigio de un Consejo Asesor, que habría de constituir referencia de calidad de nuestra publicación y testimonio de su conexión con el conjunto del hispanismo internacional. Por entonces abrigábamos la esperanza (hoy hecha realidad) de que alcanzaríamos enseguida uno de los dos o tres primeros puestos de difusión entre las revistas académicas de la especialidad, siendo por eso más perentoria la necesidad de acierto.

Yo propuse a Fernando Lázaro Carreter y me encargué de procurar su aceptación para el nombramiento. La verdad es que se mostró reticente. Todos somos hijos de nuestra historia y los inicios de la carrera de don Fernando tenían mucho que ver con el conflictivo panorama de la postguerra española en que no todos los unos eran compatibles con todos los otros. Pero finalmente se dejó convencer. Le argumenté diciendo que lo que yo intentaba propiciar desde la dirección de la revista era a la letra lo que estaba siendo su biografía intelectual: sin renunciar a las tareas de una Filología historicista, erudita y documental, abrirse a las nuevas orientaciones de la teoría literaria y de la crítica de base teórica explícita. Ahora, al dejarnos, pienso que, en efecto, esa ha sido su gran aportación en nuestro campo.

Lázaro Carreter se doctora con una tesis sobre *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII* (Madrid, CSIC, 1949; 2.^a ed., Barcelona Crítica, 1985) y tiene como una de sus grandes obras la inteligente (ese de *inteligente* es adjetivo aplicable a su opera omnia) edición de la *Vida del Buscón* de Francisco de Quevedo (Madrid, CSIC, 1965; 2.^a ed., Salamanca, Universidad, 1980). Pero no son solo éstas. Toda la serie de sus publicaciones ha tenido como divisa el buen hacer filológico e, insisto, la inte-

Rlit, LXVI, 132 (2004), 579-581

gración, para el estudio de la lengua y la literatura española, de los avances que se iban produciendo a lo largo y a lo ancho del mundo en Lingüística y en Teoría literaria.

En primer lugar hay que consignar la adaptación de las técnicas de comentario de textos de la rica tradición francesa para los estudiantes del bachillerato español. Su obra *Cómo se comenta un texto literario*, escrita en colaboración con Evaristo Correa Calderón (Salamanca, Anaya, 1957; 3.ª ed., 1970; a partir de la 11.ª, en Madrid, Cátedra) nos ha hecho y sigue haciendo bien a generaciones y generaciones de españoles. Y junto a este libro, la variedad ingente de textos preparados año tras año por Lázaro para la editorial Anaya al hilo del modo como los distintos planes de estudio de la educación secundaria iban afectando a la enseñanza de la lengua y literatura. Y, siempre, a pesar de los pesares, con la claridad como norma.

A la par que realizaba esta tarea, sigue Lázaro con constancia su investigación erudita sobre literatura de la Edad Media (*Teatro medieval*, Madrid, Castalia, 1958; 2.ª ed., 1965, múltiples reimpresiones) y, sobre nuestra Edad de Oro, donde destaca el libro *Lazarillo de Tormes en la picaresca* (Barcelona, Ariel 1972, 2.ª ed., 1978)) y otra serie de artículos que han hecho difícil transitar por esta época y no tropezar con una aportación importante suya. Me dijo muchas veces que abrigaba la idea de que su libro en la historia académica de nuestra tradición fuera *La lengua literaria del siglo XVI*, obra que habría de realizar a partir de estos antecedentes corregidos y aumentados y en la que el siglo XVI literario se abordaría ampliado por delante (Humanismo) y, sobre todo, por detrás (ahí están los trabajos de *Estilo barroco y personalidad creadora*, Madrid, Anaya, 1966; 2.ª ed., Madrid, Cátedra, 1974). No pudo cumplir ese deseo, pero cuando en 2003 me dedicaba con pulso tembloroso la recopilación *Clásicos españoles. De Garcilaso a los niños pícaros* (Madrid, Alianza editorial), pensaba yo (aunque naturalmente no se lo dije) que con ese volumen estaba culminando en gran medida su testamento intelectual.

Investigó en las diferentes líneas que reclamaban su interés en los distintos puestos universitarios que atendió: Catedrático de Gramática General y Crítica Literaria de la Universidad de Salamanca, Catedrático de Lengua Española en la Universidad Autónoma de Madrid, de nuevo Catedrático de Gramática General y Crítica Literaria de la Universidad Complutense en la que, más tarde, pasó al título de Teoría de la Literatura cuando el Ministerio, por decisión en la que D. Fernando influyó mucho, separó el ámbito cada vez más inabarcable de aquella titulación en dos ramas, la mencionada «Teoría» y la «Lingüística General».

Estuvo atento a los adelantos que se iban produciendo en ambas disciplinas tanto en el resto de Europa (París, sobre todo) como en los Estados Unidos. A él se debe la aclimatación y discernimiento entre nosotros de la Poética postestructuralista y de la Gramática generativa. *Ensayos de Poéti-*

ca. *La obra en sí* (Madrid, Taurus, 1976) y *Estudios de Lingüística* (Barcelona, Crítica, 1980) recogieron sus aportaciones al respecto. *De poética y poéticas* (Madrid, Cátedra, 1989) destila sabiduría iluminadora sobre textos de un amplio arco de la literatura castellana cuya poética implícita desvela. Aunque se trata de otros tiempos y otras *mores*, me parece que alcanza en la historia de la disciplina un significado tan alto como el que tuvo en la década de 1950 *Poesía española* de Dámaso Alonso.

No nos hemos detenido en sus aportaciones más específicamente lingüísticas, desde su temprano *Diccionario de términos filológicos* (Madrid, Gredos, 1953; 2.ª ed., 1963; 3.ª ed., 1968; numerosas reimpressiones) hasta los resultados del incesante combate contra los malos usos del idioma que emprendió con sus artículos periodísticos de la serie *El dardo en la palabra*, los cuales, una vez agrupados en libro (Madrid, Galaxia Gutenberg, 1997 y Alianza 2002) han servido no solo como compendios normativos, sino como obras literarias de gracia y desparpajo inimitables. Cientos de miles de ejemplares vendidos dan testimonio de ello y han llevado el nombre de Lázaro al último confín del mundo hispánico.

Podríamos seguir hablando de sus labores sobre la institución educativa de la lengua y la literatura (*Literatura y educación*, Madrid, Castalia, 1974; *La cultura del libro*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1983) o sus críticas teatrales o sus celebradas obras de creación sobre cuya autoría guardó siempre pudoroso silencio. Por otra parte, todavía hay por hacer recopilaciones de artículos y pienso que se harán. Pero yo dejo aquí el inventario.

En cuanto a menciones de actividades de especial relieve y de honores, bastará un apretado resumen significativo. Fue académico de la Real Academia Española desde 1972 (sillón R) y director de la Docta Casa entre 1991 y 1998. Además de la docencia ya consignada, fue conferenciante en numerosas universidades españolas y extranjeras, Doctor *honoris causae* por bastantes de ellas, Profesor Asociado de la Universidad de París-Sorbona y miembro de la Hispanic Society de Nueva York. Obtuvo los premios Mariano de Cavia, Delibes y Menéndez Pelayo y estaba en posesión de la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

En esta hora de la despedida, doy testimonio del agradecimiento por su apoyo que *Revista de Literatura* guarda a D. Fernando Lázaro Carreter, figura del siglo XX que, como dije ya en *ABC* en el día de su sepelio, solo con Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Dámaso Alonso y muy pocos más admite parangón.